

de apenas hubo algunos débiles conatos de rebelion, no se cuenta en este reinado ningun hecho de armas que mereciera llamar la atencion, fuera del que se empleó para castigar la indolencia del señor de Meztitlan, cuando ciñó la corona de Xaltocan, como ya queda referido, y el auxilio que se prestó al señor de Tlaxcalan.

Cuando este monarca se vió acometido de un accidente que rápidamente se declaró mortal, llamó á su hijo el príncipe Ixtlixochitl para instruirlo con sus últimos consejos. Le advirtió estar ya cerca el fin de sus dias y que el poder que habia disfrutado pronto pasaria á sus manos. Le advirtió los peligros á que quedaba espuesto, con la altivez y ambicion del astuto viejo Tetzotzomoc y que para prevenirlos debia usar de mucha prudencia y de bastante tino para hacerse dueño de la voluntad de los señores, los cuales fácilmente adoptarían el partido del rey de Azcapozalco. Concluidas sus advertencias, espiró. Se fija su muerte, del año de 1406 al de 1409.

Fueron luego los mensageros á dar aviso á todos los príncipes y señores del imperio, de la muerte del monarca, para que asistieran á sus exequias segun era costumbre; pero luego tuvo Ixtlixochitl ocasion de conocer, cuan sabias habian sido las previsoras advertencias de su prudente padre, pues sin embargo de la estimacion que generalmente se hacia de las grandes virtudes de Techotlalatzin y que lo hacian tan digno como á cualquiera de sus antepasados, solo asistieron cuatro señores para hacer los honores funerales al real difunto. Tetzotzomoc habia indicado bastante su deseo de recobrar la corona imperial que por algun tiempo habia tenido su padre Acolhua II y era de todos conocido el espíritu de venganza que lo animaba para con el heredero del trono: así es, que unos porque directamente abrazaban su partido y otros que lo temian, el caso fué que

todos con fingidos pretextos se escusaron de ir á llevar ante el cadáver de Techotlalatzin el homenaje de sus lágrimas, para no vivir obligados á reconocer la autoridad del heredero, que debia ser combatida por el rey de Azcapozalco.

CAPITULO XXI.

Reinado de Ixtlixochitl.—Liga de Tetzotzomoc con los reyes de México y Tlaltelolco para usurpar la corona del imperio.—Muerte de los dos reyes aliados.

Todos los reyes y señores que formaron las cortes reunidas por Techotlalatzin el año de 1394, habian reconocido á Ixtlixochitl por heredero legítimo de la corona; pero llegada la vez de la solemne coronacion de este príncipe por la muerte de su padre, todos se rehusaron á ir aun á las exequias como ya hemos visto, por temor de desagradar á Tetzotzomoc, quien tenia bien manifiesto su deseo de apropiarse la suprema autoridad. Solo los señores de Aculma, de Quauhquecholan, de Tetlanezco y de Teocalco, habian permanecido fieles y sin temor del rey de Azcapozalco concurrieron á la corte; pero este insignificante número, no permitió hacer la coronacion del nuevo emperador con la pompa que se debia.

Ixtlixochitl conocia que aquella crítica situacion, era ocasionada por la ambicion de Tetzotzomoc; y que sus maquinaciones para con los demas príncipes, manejadas con destreza y apoyadas por el respeto de su edad y grande autoridad, los habia substraído de concurrir á protestarle su obediencia. Quiso el príncipe tomar una pronta resolucion para cortar el mal en su raiz y para

esto hizo levantar de pronto las fuerzas que pudo, las puso al mando de los mejores generales; y fortificado en su corte, llamó al rey de Azcapozalco y los demás señores, para que tuviera lugar la coronación y reconocimiento de su autoridad, en medio de las ceremonias de costumbre. Tetzotzomoc, se escusó de no concurrir por los achaques de su salud; pero ofreció hacerlo lo más pronto que recobraría sus fuerzas. Esto irritó á Ixtlixochitl, que conocía la malicia de aquella excusa y los fines á donde se dirigía, por lo cual se había resuelto á marchar contra él y sujetarlo antes que pudiera aumentar su partido; pero los ministros le aconsejaron no dejarse llevar del ardor de su espíritu, sino tener presentes los prudentes consejos de su padre y antes de comprometerse en una guerra procurase afianzar por otros medios la alianza con otros señores, que hasta entonces parece estaban neutrales. Llevado de este consejo, disimuló y manifestó á los embajadores su sentimiento por la enfermedad de su rey y su resolución de esperar á que se mejorara y fuera á la corte para la coronación.

Mientras Tetzotzomoc divertía así el ánimo de Ixtlixochitl, llamó secretamente á los reyes de México y Tlaltelolco y á todos los demás señores á quienes había advertido inclinados para abrazar su partido, haciéndoles ver el gran poder con que se había ido vistiendo el emperador de Tezcoco, teniendo en una tiránica sujeción á todos los pueblos: que Techotlalatzin, había llevado á tal extremo su despotismo; que quitando la quietud á todos los señores los trajo ocupados ya en la corte ó en otros estados, sin dejarlos disfrutar en paz de las ventajas de los suyos: que recayendo la corona en Ixtlixochitl, siendo por naturaleza belicoso y teniendo por su juventud todo el fuego de las pasiones, llevaría la sujeción hasta el grado de quitarles enteramente sus estados, y que aunque él no intentaba despojarlo enteramente del tro-

no, si deseaba que se estuviera en aquel justo señorío que disfrutaron sus mayores, respetando los derechos de los demás reyes y demás señores de la tierra. Que debían emplearse para esto medios suaves y pacíficos, y solo en caso de que él se resistiera á una pretensión tan justa, se haría uso de la fuerza, despojándolo entonces del trono; y que en tal caso la corona imperial debería recaer en él como descendiente más inmediato del gran Xolotl, primer poblador de aquella tierra y fundador del trono.

El rey de Tlaltelolco, estaba enteramente de su parte y aun era el general de sus armas: el rey de México tenía motivos que lo obligaban por ambas partes, pues era yerno del de Azcapozalco y cuñado del emperador de Tezcoco; pero aquel como una medida política y previsora, lo había obligado, librándolo de pagar el tributo con que se había concedido á los mexicanos el terreno para establecer su ciudad, así es que temeroso de que no se los volviera á imponer, aceptó el pensamiento del tecpaneca y con él todos los señores que habían sido convocados.

Pasada esta junta y contando Tetzotzomoc con tan poderosa alianza, empezó su obra, mandando á Ixtlixochitl una gran cantidad de algodón, diciéndole: que le hiciera merced de que sus vasallos le labrasen unas mantas finas, por no haber en su reino quien hiciese los tejidos que los acolhuas. El príncipe se irritó con el atrevimiento del viejo rey; pero creyendo que aun era tiempo de disimular, mandó labrar el algodón y cuando estuvieron concluidas las mantas, entregarlas á Tetzotzomoc, quien se dió por satisfecho de lo bien que se había desempeñado el trabajo. Se repitió esta misma escena al año siguiente; y conteniendo Ixtlixochitl su cólera por los consejos del rey de Cuautitlan y el señor de Huexotla, volvió á recibir el algodón para tejer nuevas mantas

que tambien fueron entregadas. Pero insistiendo Tetzotzomoc el año de 1412 en mandar mayor cantidad de algodón que las veces anteriores con el mismo fin, ya no quiso sufrir Ixtlixochitl y contestó á los mensajeros. «Decid al rey vuestro amo, que he recibido el algodón que trajisteis y se lo agradezco, porque lo repartiré entre mis vasallos para que hagan sayos de armas y otros aderezos de guerra que necesitan, para servirme en campaña y ayudarme á sujetar rebeldes, que negándome el vasallage que me deben, no solo se escusan de jurarme y reconocerme por supremo señor de toda esta tierra, sino que tienen desvergüenza y atrevimiento para pretender que yo les tribute. Que si tiene mas algodón que me lo envíe, que no dejarán de aprovecharlo mis vasallos para el dicho uso, aunque estoy seguro que su valor y esfuerzo es suficiente á defenderlos de las flechas de mis enemigos, sin necesidad de sayos de armas; mas con todo, siendo estos fabricados del buen algodón que envian los tecpanecas saldrán á campaña lucidos y galanes.»

Atónito se quedó de esta respuesta, porque engañado por su soberbia, se prometia mucho del buen efecto de las dos tentativas anteriores, no creyendo que este era resultado de un afectado disimulo de Ixtlixochitl. Desde este dia mutuamente quedaron resueltos á recurrir ambos á las armas y sin pérdida de tiempo alistaban sus ejércitos y sus aliados. Los principales de Tetzotzomoc eran los reyes de México y Tlaltelolco con quienes habia ofrecido partir los dominios de Tezcoco: y los de Ixtlixochitl fueron el rey de Cohuatlican, y los señores de Huexctla, Cohuatepec, Ixtapalapan, Tepepolco, Tlamanalco, Chalco y algunos otros menos principales tanto de sus estados como de los estados de Chiahuautilan y Acolman. Estos concurrieron á la corte llamados por Ixtlixochitl, con objeto de celebrar con ellos su coronacion,

manifestándoles que su difunto padre, previendo lo que debia pasar le habia recomendado apurar todos los medios de prudencia para contrariar la astucia y desmedida ambicion del rey de Azcapozalco, por cuyos consejos habia estado difiriendo su coronacion; pero no creyendo ya esperar mas tiempo, estaba resuelto á hacerlo, para ir en seguida á castigar la osadía de los que le habian negado la obediencia. Dejó en libertad á los presentes, para que los que temiesen el poder de Tetzotzomoc pudieran retirarse á sus estados, porque él tenia confianza de que con los pocos que le fueran leales, el valor y fidelidad de sus súbditos y la fuerza de su brazo, reduciria en primer lugar al rey de Azcapozalco y despues á todos sus aliados. Todos contestaron unánimes estar prontos á rendirle homenaje, reconocerlo como supremo emperador y ayudarle á sujetar á los rebeldes; pero que no creian conveniente fuera su coronacion con menos pompa que la de sus antepasados y así juzgaban, que primero se debian sujetar Tetzotzomoc y sus aliados. Se contentó entonces con esto Ixtlixochitl y salieron todos á levantar sus tropas para empezar la campaña.

Se hallaban todos aquellos pueblos empeñados en levantar fuerzas para una guerra en que todos debian tomar parte. Los mexicanos muy contentos, porque á la sombra de su rey Huitzilihuitl, infatigable por el bien de sus pueblos y con el aumento de gente que recibieron en los últimos años del emperador Techotlalatzin, su ciudad de México era muy populosa y habia aumentado considerablemente su industria de huertos flotantes, su navegacion en el lago para la pesca y caza de animales acuáticos y su tráfico mercantil con los demas pueblos. Sobre todas estas ventajas, contaban con el favor del rey de Azcapozalco que ya los habia librado del pago del tributo y esperaban á su sombra aumentar sus dominios y mejorar su condicion. Pero cuando mas satisfechos

estaban por estos motivos de su rey, y que fiados en su juventud esperaban aun que viviese largo tiempo, una enfermedad de pocos dias lo hizo pagar el tributo que todo hombre debe á la naturaleza.

La muerte de Huitzilihuitl, aconteció el dia dos de Febrero de 1414 y al dia siguiente en medio del llanto de un pueblo cuya voluntad habia cautivado en su vida, fué sepultado en el cerro de Chapoltepec con los honores correspondientes á su dignidad.

Al dia siguiente de los funerales, se reunió el consejo de nobles para la eleccion de nuevo rey, porque la monarquía mexicana no fué hereditaria sino electiva, prefiriendo á los hermanos del monarca difunto, para seguir despues con los hijos del primero que habia ocupado el trono. Ese mismo dia, que fué el 4 de Febrero, fué electo Chimalpopoca, tambien hijo como Huitzilihuitl; del primer rey Acamapichtzin. Dieron luego aviso al emperador y al rey de Azcapozalco, quienes aprobaron la eleccion: luego se hizo la ceremonia de la solemne coronacion; y como no era casado, eligió luego para su esposa á Matlalatzin hija del rey de Tlaltelolco.

Apenas se celebraron las fiestas del matrimonio del rey, cuando se siguió la muerte del de Tlaltelolco, á quien dicen heredó en la corona su hijo segundo Tlacatcotzin, porque su padre habia privado de este derecho al primogénito Aucatzin no considerándolo digno de gobernar por afeminado y cobarde. «Si así fué, dice Veytia, no es sin ejemplar, pero sí digno de admirar entré estas gentes, cuyos sabios príncipes mas cuidaban de dejar sucesor que gobernase con acierto sus estados y mirase por el bien de sus vasallos, que no de que heredasen sus hijos las tierras y dominios con daño de sus súbditos.» Admirable ejemplo de un fondo de sinceridad y buena fe, que siendo muy frecuente en estos pueblos no se presentan muchos en la historia de los cultos

Europeos, que calificaron de bárbaros á los que efectuaban acciones semejantes!

CAPITULO XXII.

Guerra del rey de Azcapozalco y sus aliados, con el emperador Ixtlixochitl.

Por bastante tiempo se habian estado haciendo los preparativos de guerra; pero no se habia interrumpido la comunicacion entre los pueblos enemigos, ni se hacian ninguna clase de hostilidades. Cuando ya el rey de Azcapozalco creyó tener las prevenciones necesarias, intentó romper el silencio que hasta entonces se habia guardado en ambas cortes, dando una accion en que tomando desprevenido á Ixtlixochitl, le pudiese tomar no solo su corte sino su persona, con lo que hubiera tenido un completo triunfo. Para esto mandó que sus tropas diseminadas en distintos puntos, marcharan con alguna reserva á un lugar del reino de Culhuacan; de donde en una madrugada asaltaran las poblaciones de los estados de Ixtapalocan, abriéndose luego paso hasta la corte de Tezcoco que creyó sorprender.

Así lo ejecutaron, conducidos secretamente por un caballero de Cohuatepec, que secretamente defendia el partido de los aliados; pero hallaron una poderosa resistencia en los soldados de Ixtapalocan mandados por el gobernador Quauhxiotzin, en ausencia del señor de los estados que se hallaba en la corte, y tuvieron que salir y abandonar las poblaciones invadidas, con gran pérdida. Quauhxiotzin se ocupaba en fortificar mas sus fronteras, contento de haber rechazado al enemigo en su primer ataque, cuando el traidor que habia abierto las puertas de aque-